

ASOCIACIÓN CULTURAL



Espacio para
la creación y
difusión literaria

Talleres,
Edición de libros
y promoción
de autores

LO ESPERAMOS



LEZICA 6619 Villa Colón
CP 12500 - Montevideo R.O.U.
Tel-Fax: 32 8978

Esencialmente escritora, MARTA de ARÉVALO, también conocida bajo el seudónimo de "ISIS", es una fecunda y dinámica creadora uruguaya cuya obra es abarcadora de todos los géneros que ejercita exitosamente con la palabra y su talentosa fantasía. Ha publicado varios libros de poemas, otros de prosa e incursiona en la crítica literaria, crítica simpática muchas veces, para apoyar a quienes recurren a su labor docente, labor desarrollada en un taller poético y por medio de dos revistas donde el arte tiene todo el espacio necesario para su difusión.

En estos relatos la inventiva desmedida de la escritora nos ofrece sus experiencias sobrenaturales con una estructura narrativa que nos envuelve en su desarrollo, haciéndonos partícipes casi materiales de los sucesos. ¿Sueños, imaginación o invasión de magnitudes desconocidas?

Decida; la autora espera su opinión.

Correspondencia con la autora:

Lister 6374 - E 105 - Bloc Q
C.P. 12500 - Montevideo - Uruguay

Escritores recién publicados:

CARLOS ENRIQUE BERBEGLIA	TERESINKA PEREIRA
MARY R. CALVIÑO CITRO	ROLANDO REVAGLIATTI
MANUEL LAGE TOURIÑO	M. A. SOLER BISTUÉ
ESTEFANÍA-SZUBSTARSKI	

Director - propietario de la colección:

CARLOS PENSA
Corrientes 2963 - 1° piso "G"
1193-Buenos Aires - Argentina
Tel. y Fax: 863-2552 (las 24 hs.)

DISTRIBUCIÓN MUNDIAL

32

todo es **Cuento**[®] y

marta

de Arévalo

coleccionable

Marzo de 1997

m. de A.

EL BUDA

El ruido no me deja dormir. Se inicia a la medianoche con un zumbido apenas perceptible que termina en silbido amenazador. Un ritmo cadencioso que llega a ser inaguantable. Se dulcifica poco a poco llenando como en ondas el silencio nocturno de la casa. En cuanto enciendo la luz, desaparece. No me atrevo a enfrentarlo a oscuras.

Esta noche lo oigo otra vez. "Debo vencer el miedo —me animo— levantarme, saber qué es...". Pero sigo inmóvil bajo la inútil protección de las frazadas.

Me resuelvo. A oscuras bajo de la cama. Mis pies se posan despacio en el suelo. Siento el contacto acolchado de la alfombra. Luego, la tibieza pulida de la madera. Estiro mis manos palpando, como si las sombras se pudieran materializar. Tengo miedo, vacilo. Rodeo la cama en dirección a la puerta, con lentitud y precaución, con temor, salgo del dormitorio.

Recorro las habitaciones de la casa conteniendo la respiración. Lo oigo cada vez más fuerte, cada vez más cerca. En el living, ¡allí es!

Entro con mis pies descalzos que ahora parecen no percibir el roce del suelo. ¡Qué extraño! No he encendido ninguna luz, pero veo. Sí, veo todo con total claridad.

Sobre el largo estante de madera lustrada que descansa horizontal debajo del espejo, aros de luz de diferentes colores se intercalan zumbando en equilibrado balanceo. Giran, ya vertiginosos, ya lentos y en armonía, formando figuras geométricas y teniendo por centro un punto equidistante que queda exactamente sobre la cabeza del buda.

Un buda de cerámica, sin pintar, trabajado desmañadamente por las manos todavía inhábiles de mi hija. Uno de sus primeros intentos artesanales. Apenas un rústico ensayo ni siquiera hermoso, pero de inigualable ternura en la inclinada cabeza pensativa. Lo conservo por eso, por la ternura que mi hija le ha infundido a su alma de polvo y que se traduce en el gesto de suprema meditación. Esta noche su cara de tiza ha adquirido una gracia nueva. Y sus ojos fijos en un punto más allá de lo aparente, son dos trozos de ámbar increíblemente vivos.

Desde el armario dos floreros chinos, un cenicero de ágata y la estatuilla de coral se han levantado en el aire y siguen la cadencia del halo zumbador. En la biblioteca, los libros despiden una radiación vibrante, como una aureola. Igual las rosas, que desde la copa esbelta en que las arreglé por la mañana, emanan su fragancia con intensidad desconocida. Todo vibra, irradia o gira.

Permanezco junto a la puerta como en éxtasis. Los aros de luz y sonido se agrandan. Llegan a mí. Me contagian su ritmo y entro en la vibración girando mentalmente. El aire se hace espeso y fragante. Mi cuerpo queda suspendido bajo el dintel. Descobriéndome, me adentro —mente y físico— en la espiral de música.

Todo desaparece. Me invade una insuperable sensación de libertad. Sólo el buda es un punto fijo. Obsesionante, atrayente. Giro entre los círculos concéntricos que se retratan en el espejo en doble espiral. Giro dentro del espejo. En el espacio sin referencia donde no existe el tiempo.

Con una radiación que sale de mí y vuelve a mí, dejo de ser, pierdo mi identidad y adquiero el Yo profundo, plural e infinito. En la espiral soy simultáneamente una paloma, una piedra, una estrella verde, un caballo al galope, un árbol rojo con flores formadas por escamas plateadas que todavía están húmedas y salobres, una brizna de hierba, una hormiga, casi el ojo de un grillo, un protozoo, un átomo, menos que el reflejo de luz de una luciérnaga...

Y giro, giro.

Ahora pierdo la forma y la conciencia de todos esos Yo. No soy nadie, no soy nada.

Solamente soy.

Esencia única y universal, nada me perturba.

Estoy en lo absoluto, soy lo absoluto.

Veo y oigo a increíbles distancias. Percibo los extraños mundos paralelos de dimensiones que existen repetidas infinitamente. Los mundos transitados y por transitar. La entera plenitud del universo en grandiosa sinfonía, en la sublime identidad de lo abismal.

Ante mí y en mí, el Caos. Deslumbrante. Lo Oscuro purísimo abriendo sus secretos.

Sumergido mi espíritu en una claridad sin límites, con todos los sentidos multiplicados y manifiestos en un solo ritmo magistral.

Suspendida en el centro de una luz sin nombre: la pupila esplendorosa de Dios.

Me arrancó del mágico momento un relámpago de luz.

Y junto al ruido del interruptor eléctrico, una voz bien humana y reconocible que dijo: —¿Qué estás haciendo aquí a oscuras, a esta hora de la noche?

MIGUEL ARCÁNGEL

¡De pronto la luz crecía!

Yo en medio de la noche en la habitación cerrada vi la luz que me inundaba. La luz que salía de mis huesos o de mis ojos o que llegaba a mí desde fuera y no sé de dónde.

Golpearon tres veces y pregunté —¿Quién a esta hora?— y dijo: —Yo, Miguel.

—¿Qué Miguel? —Yo, MIGUEL ARCÁNGEL. Y se trastocó el sentido de todas las cosas.

¿Qué luz! ¿qué luz! ¿dónde estoy? Muerta ¿cuándo? yo aquí hoy no sabía he muerto. Corro tras las puertas surco el aire quiero mi cama ¡ay! me freno. Parada frente a la cama —¡muerta!— me veo. ¡Me veo! Cadáver. Mi cadáver allí y a mi lado duerme él. Él duerme y nada sabe. Yo asustada iluminada sola *siento* por el jardín caminando a Miguel Arcángel. Que viene a mí. Salto surco el aire entro a mi cuerpo, muerto por la boca abierta que no respira más. ¡Ay! la luz qué luz allí. Aquí él a mi lado. Él —el Arcángel— no él, que duerme.

Viene se detiene no habla. Yo lentamente los ojos que estaban abiertos y muertos me asomé por ellos y lo ví. Desde abajo mirando el ruedo de su túnica resplandeciente azul que ondeaba a la brisa —¿qué brisa?— era luz. Luz y la movía la doraba la encendía y Miguel Arcángel a mi lado mirándome la mano levantó y sin decir con voz dijo: —VAMOS— y señaló la pradera dorada en que la luz fulgía.

Yo ¡qué miedo! estoy sin mí. Tiemblo. Quiero ir. Veo allá qué placidez... No quiero dije temo. Quiero ir ¡Sí! no puedo. Aquí aún tengo que... ir ahora! AHORA ir ya. ¡NO PUEDO! Ahora. No más andar ver amar sufrir gemir en la tierra gris. ¡AHORA! con Miguel Arcángel en la luz! ahora aún no señor permite aún tengo que... aún no terminó aquí espera un segundo sólo un...

Todo estático. Espera Miguel Arcángel espera y ya no más el tiempo concedido al instante luminoso perdido el único mío para siempre huído. ¡Miguel Arcángel desaparecido!

Todo sin luz oscuro opaco triste como antes todo y él despierta —¿qué tenés? ¿qué tenés? Los ojos desorbitados encendió la portátil. Asustado. Ay, Dios! qué frío qué frío qué frío, —¿qué tenés?— habló.

No puedo. No puedo todavía muerta. Muerta y sintiendo como grita qué tenés. Muerta y mirando como casi está contento. Ahora enviuda después reservado triste —¿finge— como ausente viene la gente y queda hablando bajo en los rincones cosas de otra parte que no importan. Yo en mi ataúd con flores —jazmines— me gustan— no hay no es tiempo —igual lirios— él traerá claveles siempre se usan...

Todavía muerta pero siento todavía y hablo y rezo —¿rezo?— Se acerca él.

—No, Miguel Arcángel —Miguel se fue con la luz y la túnica azul resplandeciente y la pradera plácida ahora remota.

Ahora él pregunta me pregunta se acerca ¿qué tenés? —Yo trato no entiendo acerca su oreja a mi boca —¿qué...?— digo que rece digo —rezá— no puedo hablar quiero decir. Qué frío tengo frío ay, Dios! me muero ahora sí, ahora no quiero. ¡MIS HIJOS! ¡VIVIR! Quiero vivir porque si quiere que me muera NO. Ellos con él sin mí. NO. Qué frío ¡ahora sí me muero no respiro ay! tiemblo. Tiemblo sin poder moverme ¿cómo tiemblo si no me muevo...? Es por dentro temblor y frío ay! me estoy quieta rígida cadáver aún.

Él viene me toca habla bajo no sé qué dice se sonríe —¿se sonríe?— dice que si tengo frío que si quiero ¿qué? Sí. Tengo frío mucho ahora y miedo y qué extraña sensación como de rabia y miedo y también quiero dormir. NO. Dormir no.

Ahora respiro fuerte respiro y ya no más cadáver. Salgo a la luz —no la dorada de Miguel Arcángel— esta gris de siempre. Y hondo respiro.

... hablando después de muerta —dice— asombrado desconcertado desilusionado dice que yo rígida sin respiración parecía... ahora viva ¡qué tramposa! —¿qué dice? No me importa. No me importa nunca más. Salgo del miedo no más frío salgo de la angustia —la de antes— no más llanto nunca más ¡qué sueño! cierro los ojos los abro miro hablo puedo. ¡PUEDO!

Me muevo me toco me miro las manos. Tiemblan todavía y hablo: ¡Hablo! está asustado no me muero no en mi ataúd con flores —claveles lirios da igual— No flores y viudo con amigos llorando contento NO! No más frío ¡qué sueño! Miguel Arcángel se fue yo duermo después les diré cuando despierte. Después...

Nadie me cree. No importa. Miguel Arcángel estuvo aquí con la luz que fulgía y su túnica azul.

Yo lo ví.

Resplandeciente lo ví.